

Comentario sobre el Discurso del Doctor Raúl Argañaraz

Publicado en Archivos de Oftalmología de Buenos Aires 1925; 1:07-18

Regreso al futuro. La visión del Profesor Raúl Argañaraz

Autor:

Dr. Eduardo Mayorga Argañaraz



Es un placer para mí poder comentar el discurso inaugural de mi abuelo, el doctor Raúl Argañaraz, cuando fue nombrado Profesor Titular de la cátedra de Clínica Oftalmológica de la Universidad de Buenos Aires, en 1925, cargo que ocupó durante 28 años. Agradezco la oportunidad que me da la Sociedad Argentina de Oftalmología en el centésimo aniversario de su fundación.

Analizando sus palabras es posible divisar la clara visión que tenía sobre lo que debía ser la formación de los estudiantes de medicina. A pesar de los años transcurridos, creo que esta visión sigue vigente, ya que muchas de las oportunidades de mejora que él remarca aún requieren ser implementadas o desarrolladas todavía más.

Inicia su discurso destacando el mérito de todos los que lo precedieron, (Cleto Aguirre, Pedro Lagleyze) demostrando respeto y reconocimiento por todos ellos.

Se aboca luego a explicar su visión, y destaca las oportunidades de mejora que recomienda y plantea implementar.

Reconoce la necesidad de implementar los cambios en forma paulatina:

“Es necesario convencernos que las instituciones, casi como los pueblos, están sometidas en su marcha progresiva, a leyes inviolables, caracterizadas por una gradual evolución biológica, y a las cuales no pueden jamás sustraerse sin peligro de su estabilidad y aún de su vida. La

afición que tenemos por la reforma absoluta y radical, y el error de querer mejorar bruscamente nuestra conducta a base de leyes o decretos, constituye una triste enfermedad espiritual, de carácter colectivo, que nos impide medir la distancia que separa la teoría de la práctica, la ilusión de la realidad”.

“Todo progreso implica la idea de esfuerzo y de trabajo, y para esto se necesita tiempo, pues la naturaleza no marcha a saltos y por dicha razón rara vez fracasa o tiene que empezar de nuevo su camino”.

“Las verdaderas formas posibles de progreso consisten en la modificación lenta y paulatina de pequeños puntos llevados a cabo de una manera sucesiva y constante. Pues, con muchos granos de arena acumulados es que la naturaleza ha podido hacer grandes montañas”.

Critica el enciclopedismo, la memorización sin un verdadero aprendizaje y el cortoplacismo.

“Creo que los primeros pasos hacia el camino de la verdadera reforma han de ser necesariamente los destinados a mejorar nuestros métodos de enseñanza para librar así al estudiante latino, de la esclavitud mental en que viven durante su pasaje por las aulas universitarias”.

“Un elevado porcentaje de alumnos estudia medicina en textos, con la única orientación de rendir examen, como finalidad primordial y como secundaria, la de aprender, y son así numerosos

los alumnos que son capaces de adquirir el libro, quince días antes del examen y a base de memoria recalentada, los conocimientos teóricos necesarios para satisfacer las exigencias de algunas mesas examinadoras. Este error pedagógico perdura inalterable, y es el que favorece eficazmente en ocasiones, el aumento de estudiantes adelantados, que rinden tres, cuatro y hasta cinco años en uno. Estos casos, desgraciadamente comunes, de simulación científica más que de precocidad médica, son bien conocidas por casi todas las generaciones estudiantiles”.

Se anticipa a su época, recalcando la necesidad de privilegiar la calidad sobre la cantidad, y el concepto e importancia de la enseñanza y el aprendizaje basado en competencias.

“El buen sentido, compañero inseparable del buen profesor y del buen estudiante, requiere que el examen sea una prueba real, en la que demuestre prácticamente la asimilación de conocimientos útiles y de aplicación directa y no la exposición fonográfica de lo que dicen los libros o lo que el estudiante es capaz de recordar de memoria”.

“¿Cuántas veces se oye a alumnos describir admirablemente difíciles capítulos de medicina y hasta los diversos tiempos de una intervención quirúrgica, que el alumno nunca hizo personalmente, ni vio tampoco hacer? ¿Puede serle de utilidad semejantes conocimientos que forzosamente olvidará del todo a los pocos días después del examen?”.

“El que aprende del libro un conocimiento científico y lo expone ante un jurado, puede estar tan lejos de poseerlo, como un parálítico que conoce las leyes de la marcha y no puede caminar”.

“El maestro que tenga realmente amor por la enseñanza, no debe olvidar tampoco que el aprendizaje útil de una ciencia ha de comenzar

por la observación y el examen directo de hechos, y sus métodos de enseñanza no deben reducirse tan sólo a exponer en clase conocimientos leídos en manuales de medicina, pues éstos nunca han sido los orígenes de la ciencia médica”.

“Es necesario reducir a la quinta parte la frondosidad de los programas teóricos, que amenazan transformar al alumno en un rezagado mental y enseñar medicina en la experiencia y en la práctica. También debemos tratar de remediar el problema de la excesiva cantidad de alumnos tan engorrosa para la enseñanza útil y práctica, en la que se necesita ver y tocar personalmente cada enfermo”.

En el último segmento resalta la necesidad de desarrollar otras competencias del “buen médico”, como es el pensamiento crítico.

“Para dar a nuestros estudios médicos una orientación realmente superior, es necesario comenzar por los cimientos de la obra, es decir, por mejorar el juicio y la iniciativa de nuestro estudiante, y no su memoria receptiva”.

“Transformando nuestros métodos de enseñanza favorecemos en el alumno el desarrollo de la razón y de la originalidad, únicas capaces de guiarlo eficazmente en la vida y también de conducirlo por el camino de la investigación y del descubrimiento”.

“Creo sinceramente que antes de aumentar o disminuir años de estudios o cambiar estérilmente programas y reglamentos universitarios, debemos comenzar por las bases, preparando la formación de alumnos mentalmente libres y dotados de un juicio y de una razón desarrollada y robustecida en el análisis y en la observación de la naturaleza misma”.

Espero que este “regreso al futuro” del Profesor Argañaraz sirva para inspirarnos para seguir mejorando como educadores.

A continuación compartimos el Discurso original del doctor Raúl Argañaraz publicado en la Revista Archivos de Oftalmología de Buenos Aires en el año 1925:

Discurso inaugural del Dr. Raúl Argañaraz

En el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina, con asistencia del señor Rector de la Universidad, numerosos profesores, médicos y estudiantes, el profesor Dr. Raúl Argañaraz, recientemente nombrado titular de la cátedra de Clínica Oftalmológica por decreto del P. E., dió su conferencia inaugural, pronunciando el discurso que transcribimos íntegramente.

Señores :

La Facultad de Medicina me ha conferido el alto honor de nombrarme titular de la cátedra de Clínica Oftalmológica, y con ella, al mismo tiempo, una misión bien difícil y honrosa por cierto.

Esta cátedra, a la cual dieron tan justo renombre maestros eximios de nuestra escuela, ha de constituir necesariamente una pesada herencia científica, para quien se resuelva a seguir las huellas de intensa labor que ellos dejaron en su paso por esta casa de estudios.

Un sagrado deber de gratitud y admiración hacia mis ilustres antecesores, me obligará siempre a dedicar todos mis esfuerzos en continuar su obra, al mismo tiempo que un deber de conciencia me impone en esta ocasión expresaros lealmente cuales son mis ideas pedagógicas y la forma más eficaz de ponerlas en práctica.

Si obtengo el éxito deseado, con la colaboración de los colegas que me acompañan en la cátedra, habré contribuído a mejorar los métodos de enseñanza en una

de las ramas médicas y también, señores, habré satisfecho, así, a una de las más legítimas ambiciones de mi espíritu.

La tradición y la costumbre ha impuesto en nuestra escuela para el profesor que se inicia en la cátedra oficial la obligación de exponer al comenzar su curso el programa de enseñanza que ha de desarrollar en su futura tarea docente.

Mas, antes de manifestaros con sinceridad cuales son, a mi ver, los errores de que adolecen algunos de nuestros métodos de enseñanza y los medios que he de procurar poner en práctica para mejorarlos: séame permitido tributar un justo y merecido homenaje a los inolvidables maestros que me precedieron en esta cátedra, y cuyo recuerdo ha de quedar imborrable en la historia de la medicina nacional.

Ellos abrieron el árduo camino y trazaron surcos que servirán de guía a las nuevas generaciones destinadas a continuar su obra fecunda. El caudal de sabiduría y experiencia que nos han legado constituirán las armas espirituales más eficaces para vencer los obstáculos que nos depara el futuro.

Los hombres de pensamiento y de acción han sido en todas las edades y en todos los pueblos sus élites predilectas, pero su verdadera patria ha sido el mundo, porque su honesta labor científica ha contribuido a aumentar el patrimonio de la humanidad entera y a mitigar sus dolores, y nada inspira tan honda emoción, señores, como la fraternal solidaridad de los hombres en las obras de la inteligencia humana. Las pasiones y los odios desaparecen, y la armonía más perfecta une a todos los seres en la eterna cruzada por la conquista de la verdad.

Cumple este año medio siglo de existencia la cátedra de Clínica Oftalmológica que fundara un gran patriota y un gran médico argentino: el Dr. Cleto Aguirre.

Fué debido al patriotismo de este distinguido maestro que nuestra Facultad de Medicina incluyera en su programa de enseñanza la oftalmología, adelantándose muchos años a varias de las más antiguas escuelas médicas de Europa.

Nombrado catedrático de oftalmología el 3 de Abril de 1875, ese mismo año inauguraba el curso oficial en el antiguo Hospital General de Hombres, y allí dictó durante 9 años los cursos de oftalmología, hasta 1884, en que la Facultad se hizo cargo del entonces flamante Hospital Buenos Aires, hoy de Clínicas.

La intensa labor realizada por la Clínica Oftalmológica de aquel vetusto hospital se reflejaba en la interesante estadística que en 1885 publicaba uno de sus discípulos, el Dr. Felipe Basavilbaso.

Ha sido el doctor Aguirre el verdadero precursor de los estudios de la especialidad entre nosotros, a los que supo imprimir desde la cátedra, un marcado desarrollo, a la vez que una admirable orientación.

Hombre de carácter y de acción, supo ser altamente eficaz en todos los delicados cargos públicos que ocupó, durante una época, bien difícil sin duda de nuestra organización nacional.

Trabajó empeñosamente en la construcción del actual Hospital de Clínicas, que en la época de su fundación, hace 45 años, era un modelo en su género. Fué Cleto Aguirre el Presidente y también el alma de la comisión encargada por el Gobernador de Buenos Aires para crear los recursos y dirigir los trabajos del mismo. Como Decano de la Facultad de Medicina, puso en juego toda su autoridad y prestigios para realizar la legítima ambición de la Escuela, cual era en aquel entonces la construcción de un edificio propio. Siendo Decano, y un año antes de su muerte, tuvo la satisfacción de ver realizados sus anhelos, inaugurando el actual edificio que ocupa la Facultad de Medicina. A su iniciativa se debió también la fundación del Instituto de Anatomía Patológica y el gabinete de terapéutica.

La pérdida de este ilustre maestro, que a la vez que un benefactor de nuestra escuela, supo también servir a la patria con inteligencia y honradez, fué con razón sentida en febrero de 1889, fecha de su fallecimiento.

Honrando su memoria, la Facultad resolvió que llevara su nombre las dos salas que forman el pabellón de Oftalmología del Hospital de Clínicas, que él fundara después de tantos sacrificios y que fueron el teatro de sus más brillantes hazañas.

Fué su digno sucesor, uno de sus discípulos predilectos, el Dr. Pedro Lagleyze, quien marchó muy lejos por el camino en que lo inició su maestro, el Dr. Aguirre, y quien por su solo esfuerzo, llevó los estudios de la oftalmología en nuestro país, a un alto grado de perfección; por la autoridad de su enseñanza, por el valor de sus trabajos y por la honestidad de sus obras científicas.

La vida de Lagleyze lleva, desde su juventud, el sello de grandeza, y fué, por su poderosa energía y por su firme voluntad, la encarnación de un alma superior. Demostró también de hechos y en palabras la varonil independencia de su carácter y de su mente y marchó siempre por el camino recto sin preocuparse del mundo.

Dotado de un robusto cerebro y de una alma cultivada en alto grado, pudo analizar con sagacidad poco común los más difíciles problemas patogénicos de la oftalmología a la vez que imprimir a sus creaciones científicas el primoroso sello de su alma de artista.

Los procedimientos operatorios ideados por Lagleyze han vuelto fáciles y seguras intervenciones quirúrgicas difíciles y de resultados dudosos, como la operación del estrabismo, por ejemplo. Su técnica de acortamiento muscular, que él describió en los Archives d'Ophthalmologie, de París, hace ya más de 35 años, es en el fondo y en la forma, el mismo proceder adoptado más tarde y que yo he visto practicar en todas las clínicas de Europa y con el cual se obtiene los resultados más perfectos en la corrección operatoria del es-

trabismo. Igual cosa ha sucedido con su operación de entropión aplicada a la conjuntivitis granulosa, tan frecuente en nuestro país hoy en día y en donde el entropión cicatricial es la regla.

Fué también Lagleyze el primero en dar a conocer el mecanismo de las afecciones oculares de origen dentario, y en estudiar el estrabismo vertical congénito.

Su procedimiento de prótesis ocular constituye una admirable operación cineplástica y con ella se remedia el desagradable aspecto de un ojo artificial inmóvil y hundido en la órbita. No sin razón decía el maestro que la estética tiene también sus exigencias, tanto para el pobre como para el rico, y que el ojo artificial no es un objeto de vanidad o de lujo, sino una necesidad desde el punto de vista social. El muñón artificial movable en el interior de la órbita ideado por Lagleyze imprime al ojo de vidrio movimientos casi normales en todos sentidos y al observador no muy práctico le resulta a veces difícil distinguir cuál es el ojo artificial y cuál el sano.

Serían pocas estas líneas para analizar la fecunda labor que desarrolló el profesor Lagleyze en el campo de la especialidad y recordaré tan sólo la importante obra que publicó sobre el estrabismo, trabajo de mérito que ha dado tanta luz al capítulo más oscuro y discutido de casi toda la oftalmología, cual es la patogenia del estrabismo.

Este libro no ha aumentado estérilmente la extensa bibliografía de esta afección repitiendo los conocidos síntomas, diagnótico, descripción de operaciones, etc., con sus correspondientes historias clínicas, ni es tampoco un tratado elemental dedicado a la enseñanza, es una obra maestra engendrada por la observación y el estudio de varios miles de casos, la mayor estadística publicada por un solo observador durante un lapso de treinta años.

De los maestros de nuestra escuela, fué Lagleyze uno de los que alcanzó más sólidos prestigios, no sólo

en nuestra patria, sino fuera de ella, donde fundó su autoridad en el poder de su clara inteligencia y en la austeridad de una vida entera dedicada por entero a la ciencia y a la cátedra.

En el hospital se consagró cual un apóstol a su tarea científica y humanitaria, y como cirujano fué inimitable por la habilidad y destreza con que practicaba las más difíciles operaciones oculares. Como maestro, su actuación fué siempre culminante, marchando a la vanguardia de la ciencia y sirviéndola con inteligencia y honradez. En esa forma sirvió también a la patria, y sus obras han contribuído al progreso intelectual del país.

He de recordar también la eficaz y meritoria obra de colaboración, que durante tantos años ha prestado en esta cátedra de Oftalmología el distinguido maestro que acaba de retirarse, me refiero al Dr. Enrique B. Demaría, cuyas disciplinas científicas en la investigación anatómica y bacteriológica ha sido de tan eficaz complemento a la enseñanza que nos diera el profesor Lagleyze.

La designación de profesor honorario que acaba de conferírle la Escuela de Medicina constituye una justa consagración a sus virtudes de maestro y a su meritoria labor científica.

Aunque su prematuro retiro priva en verdad a nuestra escuela de un valioso elemento docente; su obra de colaboración científica aún no ha terminado y ha de continuar enriqueciendo la literatura oftalmológica nacional.

Injusto sería, señores, no expresar en esta oportunidad mis sentimientos de honda gratitud y admiración hacia los maestros que en esta casa de estudios modelaron mi espíritu y formaron mi cultura médica. Muchos de ellos han desaparecido ya, por desgracia.

Es necesario convencernos que las instituciones, casi como los pueblos, están sometidos en su marcha progresiva, a leyes inviolables, caracterizadas por una gradual evolución biológica, y a las cuales no pueden jamás substraerse sin peligro de su estabilidad y aún de su vida.

La afición que tenemos por la reforma absoluta y radical, y el error de querer mejorar bruscamente nuestra conducta a base de leyes o decretos, constituye una triste enfermedad espiritual, de carácter colectivo, que nos impide medir la distancia que separa la teoría de la práctica, la ilusión de la realidad.

Todo progreso implica la idea de esfuerzo y de trabajo, y para esto se necesita tiempo, pues la naturaleza no marcha a saltos y por dicha razón rara vez fracasa o tiene que empezar de nuevo su camino.

Las verdaderas formas posibles de progreso consisten en la modificación lenta y paulatina de pequeños puntos llevados a cabo de una manera sucesiva y constante. Pues, con muchos granos de arena acumulados es que la naturaleza ha podido hacer grandes montañas.

Debemos convenir, desde luego, que no podemos cambiar a voluntad nuestras instituciones en forma brusca o revolucionaria, vale decir a base de razón pura, porque estamos fatalmente destinados a retroceder en el terreno de lo real y tangible.

Tampoco es copiando instituciones extranjeras que marcharemos por el camino del progreso, sino aprendiendo primero sus disciplinas, sus métodos y su amor al trabajo, que son cosas muy diferentes.

Hasta tanto alcancen nuestros institutos superiores de enseñanza un alto grado de perfección a que todos anhelamos, es necesario no ilusionarnos con pretender dar a la enseñanza universitaria, sino por excepción una orientación de investigación científica, pues no es ella la que reclama nuestro ambiente social, ni la que exige la inmensa mayoría de nuestro estudiante universitario.

A medida que progresen nuestras universidades podrán completar la misión actual «de escuelas graduadas superiores encargadas de adjudicar diplomas para el ejercicio de una profesión» con la de investigación científica superior.

Creo que los primeros pasos hacia el camino de la verdadera reforma han de ser necesariamente los destinados a mejorar nuestros *métodos de enseñanza* para librar así al estudiante latino, de la esclavitud mental en que vive durante su pasaje por las aulas universitarias.

Un elevado porcentaje de alumnos estudia medicina en textos, con la única orientación de rendir examen, como finalidad primordial y como secundaria, la de aprender, y son así numerosos los alumnos que son capaces de adquirir el libro, quince días antes del examen y a base de memoria recalentada, los conocimientos teóricos necesarios para satisfacer las exigencias de algunas mesas examinadoras. Este error pedagógico perdura inalterable, y es el que favorece eficazmente en ocasiones, el aumento de estudiantes *adelantados*, que rinden tres, cuatro y hasta cinco años en uno. Estos casos, desgraciadamente comunes, de simulación científica más que de precocidad médica, son bien conocidas por casi todas las generaciones estudiantiles.

El buen sentido, compañero inseparable del buen profesor y del buen estudiante, requiere que el examen sea una prueba real, en la que demuestre prácticamente la asimilación de conocimientos útiles y de aplicación directa y no la exposición fonográfica de lo que dicen los libros o lo que el estudiante es capaz de recordar de memoria.

¿Cuántas veces se oye a alumnos describir admirablemente difíciles capítulos de medicina y hasta los diversos tiempos de una intervención quirúrgica, que el alumno nunca hizo personalmente, ni vió tampoco hacer? Puede serle de utilidad semejantes conociemien-

tos que forzosamente olvidará del todo a los pocos días después del examen?

El que aprende del libro un conocimiento científico y lo expone ante un jurado, puede estar tan lejos de poseerlo, como un paralítico que conoce las leyes de la marcha y no puede caminar.

Esta es la razón del por qué entre nosotros los libros desempeñan un factor tan deficiente en la preparación del estudiante, quien tiene, por razones del medio y de la tradición, una inclinación particular hacia ellos.

El volumen y el exceso de libros son siempre, a los efectos del aprendizaje, mucho más perjudicial para el estudiante de medicina, que el corto apunte, pues éste lo obliga a aprender directamente del enfermo, la evolución, síntomas, tratamiento, etc., de las diversas afecciones.

El maestro que tenga realmente amor por la enseñanza, no debe olvidar tampoco que el aprendizaje útil de una ciencia ha de comenzar por la observación y el examen directo de hechos, y sus métodos de enseñanza no deben reducirse tan sólo a exponer en clase conocimientos leídos en manuales de medicina, pues éstos nunca han sido los orígenes de la ciencia médica.

Es necesario reducir a la quinta parte la frondosidad de los programas teóricos, que amenazan transformar al alumno en un rezagado mental y enseñar medicina en la experiencia y en la práctica. También debemos tratar de remediar el problema de la excesiva cantidad de alumnos tan engorrosa para la enseñanza útil y práctica, en la que se necesita ver y tocar personalmente cada enfermo.

Por estas razones constituye un grave error pretender monopolizar la enseñanza, y se hace cada vez más necesario que los profesores suplentes, los jefes de clínica y de trabajos prácticos y en particular los adscriptos a la cátedra, sean los más eficaces y directos colaboradores del profesor, en esa pesada tarea de maestro de escuela en la que el titular dirige y orienta

do. Se habría realizado así el sueño de Sarmiento y de Alberdi, y también consolada la amargura y desvelos de Agustín Alvarez, de Mitre, de Bunge, de José María Paz y de muchos otros ilustres compatriotas, cuyos espíritus brillarán siempre en el cielo de la patria, para indicarnos el camino de la verdad y de la justicia.

He dicho.